

Sábana Santa e historia

¿Qué quiere decir escribir una historia de la Sábana Santa? No creo sea posible contestar a esta pregunta sin antes enfrentarse con una cuestión mucho más fundamental: ¿qué es la Sábana Santa? Aquí el discurso se hace muy largo, porque los aspectos que se pueden tomar en consideración son múltiples. Por consiguiente la respuesta no puede ser ni simple ni unívoca. Si nos ponemos desde el punto de vista de la relación que los hombres tienen al confrontarse con Ella -lo que como veremos aquí nos interesa más- se corresponden posiciones muy complejas y abigarradas. Muchos la consideran una reliquia, más bien, la más significativa de las reliquias del pasaje de Cristo sobre la tierra, en la que está imprimida la verdadera y única efigie del Salvador adornada de su misma sangre. Unos quieren ir aún más allá, queriendo peligrosamente encontrar en Ella las huellas físicas de su gloriosa resurrección.

Otros, prescindiendo de sus propias convicciones con respecto a su origen, subrayan la importancia de un objeto cuyo innegable reenvío a la Pasión de Cristo hace de la Sábana Santa una realidad única desde el punto de vista religioso, con enormes potencialidades pastorales y espirituales, pero también capaz de suscitar el interés intelectual de los estudiosos de tantas disciplinas.

Otros más lo marcan como un falso más o menos antiguo, no digno de todas formas de interés alguno, o a lo mejor merecedor de aparecer en un hipotético museo de los grandes engaños de la historia.

A menudo estas posiciones se entrelazan y difuminan la una en la otra, se enfrentan y se chocan, a testimonio del hecho que encontrarse con la Sábana Santa no deja indiferentes.

Como se vee la mayoría de las respuestas presupone la cuestión de la “autenticidad”, término por algunos lados desviante que aquí vamos a utilizar en el sentido con el que generalmente se le entiende: la pertenencia de la Sábana Santa al equipamiento funerario de Jesús.

En particular, a partir de las consecuencias de las fotografías de la Sábana Santa tomadas en el 1898, la indagación científica hecha sobre el sudario para escrutar las características y definir el origen, de alguna manera ha monopolizado la atención, con el riesgo de oscurecer el significado y el mensaje que aquella imagen sabe transmitir.

La misma búsqueda histórica casi siempre ha sido utilizada en este sentido, como uno de los estímulos para mostrar o negar la tradición que quiere que la Sábana Santa es la sábana funeraria de Jesús.

Personalmente no creo que esto sea el enfoque más correcto y sobre todo fructuoso. El frustrante intento de construir una concatenación de eventos durante dos mil años, así como la sistemática crítica destructiva de todas las hipótesis, no llevan a ninguna contribución, siendo las dos impostaciones movidas por la preocupación- que una estudiosa, Odile Celier, no dudó en definir “obsesión”- de la autenticidad. Hay que dejar a la búsqueda directa sobre el objeto contestar a las preguntas legítimas sobre el origen de este misterioso Sudario.

Vamos ahora al centro de la cuestión, que se refiere a la más profunda esencia de la Sábana Santa. He dicho más que una vez que presupone dos puntos de referencia bien definidos.

La Sábana Santa ha sido – de manera providencial para el creyente- puesta en el camino de la historia para que los hombres se comparen con ella. La miren, por que es objeto que

merece la pena mirar con los ojos del cuerpo y contemplar con los de la mente. Sin ellos, o sea sin los hombres, la Sábana Santa no puede existir en su complejidad y exhaustividad. De otra parte la Sábana Santa nada sería si no fuera “el espejo del Evangelio”- según una expresión feliz utilizada por S. Juan Pablo II en 1998 – o sea, si no fuera referencia extraordinaria a Cristo. Sin Cristo la Sábana Santa simplemente no sería.

Tengo que confesar que a causa de estas reflexiones, muchas veces en los años de estudio de la historia de la Sábana Santa me he puesto a mí mismo la pregunta hecha al comienzo: ¿qué quiere decir escribir una historia de la Sábana Santa? No me sale difícil admitir el poco encanto que ejerce sobre mí el problema de la autenticidad – que además me interesa intelectualmente - sobre todo por lo que se refiere al dominio histórico. Me acuerdo a menudo de la lacónica afirmación de Paul Vignon - después de más de 35 años de trabajo y búsqueda sobre la Sábana Santa – a propósito de la reconstrucción de la historia de la Sábana Santa para aclarar su origen: “Si solo fuera por eso no merecería ni la pena ponerse en marcha”. Abandonando así la pretensión de mostrar o no la autenticidad de la Sábana Santa a través la indagación histórica – tarea que, repito, no le compete – hay que orientar el sentido de la búsqueda en este campo hacia un estudio del papel que el sudario ha tenido en el complejo escenario de la historia del hombre. Y a su vez muchos hechos relacionados con y alrededor de la Sábana Santa pueden ser explicados sólo a través del conocimiento de aquella historia. Bajo este aspecto el estudio de la historia de la Sábana Santa tiene que tomar nota que para el creyente representa un pequeño pero no insignificante fragmento del gran dibujo providencial de salvez, como objeto de imprescindible valencia religiosa. Así que resulta importante reconstruir, a través el estudio de la documentación, de cualquier tipo, si y cómo la Sábana Santa haya hecho este papel a través su presencia y su mensaje, y cuánto y en qué manera haya influido sobre los hombres que han tenido contacto con ella, en contextos históricos, culturales, religiosos complejos y diferentes, claramente donde las fuentes nos dejen, sin forzaturas y polémicas estériles.

Este enfoque no es para sí mismo, pero puede reprensar un perfecto metro de juicio también para evaluar la potencialidades eclesiales de la Sábana Santa, de manera que aquel plan providencial siga produciendo sus frutos.

Habiendo comprobado el hecho que el historiador, por lo mucho que se esfuerza para ser objetivo, acabe siempre poniendo una rejilla interpretativa sobre la que moldear su propia metodología, voy a decir la mía. Siguiendo los estudios me he convencido que la Sábana Santa ha históricamente tenido un papel –que sin duda se puede definir providencial – en el desarrollo de la piedad hacia el misterio de la humanidad de Cristo: esto me conduce a favorecer el significado que se puede atribuir a los acontecimientos ocurridos a la Sábana Santa, más bien que la narración de los acontecimientos mismos. Así que no sólo y no tanto lo que cuenta un documento, si no por qué lo cuenta, y lo cuenta en ese modo, lo que implica también la razón del documento mismo.

Estudiar la historia de la Sábana Santa significa recorrer la historia de la piedad hacia un objeto que al mismo tiempo se considera como imagen y reliquia- el equilibrio y la relación entre las dos interpretaciones puede mudar en el tiempo y representa uno de los asuntos más interesantes para entender el papel de la Sábana Santa en la historia – imagen y reliquia de Cristo en el momento culminante del misterio de la encarnación: participando en la historia de la piedad y devoción hacia elementos fundamentales de la fé. De esta manera se muestra una característica esencial. Durante épocas, culturas, crisis, lleva un mensaje, sin nunca acabar de tener un sentido. Creo que eso es el resultado de su función mediadora

de la que hablaba antes, y que deja en claro al creyente el dibujo providencial de la existencia de la Sábana Santa.

Claro que esto no prescinde de la necesaria y preliminar profundización de las fuentes, para evaluar su atendibilidad y coherencia, sin aislarle de su contexto y de lo de su investigación.

Hay que decir que los resultados de este planteo satisfacen las condiciones, pero en esta óptica hay que revisar unos elementos que se daban por ciertos.

Tradicionalmente la historia de la Sábana Santa se divide en dos grandes momentos. La mitad se encuentra a mitad del Trescientos, cuando la Sábana Santa aparece en Francia. Desde aquel momento tenemos una historia clara, que permite afirmar la identidad con la que se conserva en Torino y seguir sus acontecimientos. El época anterior no tiene documentos de ningún tipo que puedan afirmar una identificación segura de los diferentes objetos a los que se atribuye una relación con la Sábana Santa de Torino. Consecuentemente a esta visión se ha hecho muy a menudo una consideración “extrahistórica” de la Sábana Santa, algo que tiene o debe tener una historia suya, afuera de la historia.

Empezando ahora por la perspectiva que he indicado, donde la historia de la Sábana Santa, o mejor dicho, la verdadera esencia de la historia de la Sábana Santa, la veneración que tiene como expresión de su relación con los fieles, toma parte de la gran historia de la Iglesia, de la historia de la piedad misma, esta división en épocas tradicionales se muestra demasiado general y aún desviante porque muy en contacto con la cuestión de la autenticidad: si la Sábana Santa debe ser considerada en su relación con la historia de los hombres y con la Iglesia en particular, es a ésta que tenemos que hacer referencia. Por eso creo que se pueden individuar unas fases insertadas en importantes momentos de la historia de la Iglesia, sobre todo en el sentido de historia espiritual, que permiten describir diferentes enfoques hacia la Sábana Santa.

Poniendo a un lado las dos épocas tradicionales, propongo una diferente escansión de la reconstrucción de la historia de la Sábana Santa, identificando unos períodos atados a la relación de la Sábana Santa –imagen y reliquia – con los hombres y su historia, que podemos indicar como: de la **búsqueda de una cara**, de una **presencia tolerada**, de una **presencia acogida y de un culto admitido**, de una **presencia y un culto promovidos**, del **debate científico**.

Empezando cronológicamente desde el tiempo más antiguo, creo que se pueda concordar sobre el hecho que muy pronto en las manifestaciones de la Iglesia y las de piedad y devoción, se encuentran noticias de la conservación del ajuar funerario de Cristo, Sábana Santa incluida – como elemento fundamental de la sepultura de Jesús citado en los Evangelios-; que algunas noticias, aun de compleja interpretación, permiten evaluar la hipótesis de la existencia de una Sábana Santa figurada y que por cierto existían imágenes de Cristo objeto de veneración.

Y es sobre el tema de la imagen, como he intentado demostrar en otros papeles, que se abre una perspectiva nueva. Si no existen documentos que puedan identificar la Sábana Santa de Torino como la o las citadas en la antigüedad, existe todavía un vínculo muy fuerte, y es fundamental: se trata de la historia de la devoción y de la piedad. Hay que volcar una perspectiva consolidada. La devoción y la piedad hacia la Sábana Santa no están necesariamente a la base, si no son los éxitos – que casi se convierten en paradigma- de toda una tradición de la Iglesia desde los primeros siglos: desde las catequesis de Cirilo de Jerusalén, a la defensa de las imágenes de Giovanni Damasceno, desde la devoción a la humanidad de Cristo, nombrada por San Bernando y San Francisco, a la sistematización

Tridentina, a las nuevas perspectivas delineadas por Juan Pablo II en 1998 y por Benedicto XVI en 2010.

Por lo que se refiere al período más antiguo, a la luz de este planteo y de los datos conseguidos hasta ahora, es muy interesante volver a recorrer si no todas, por lo menos las más conocidas hipótesis relacionadas a la existencia –o mejor dicho tradición – de un objeto con las características compatibles con la Sábana Santa en esa época, subrayando con serenidad valores y defectos, evitando posiciones muy críticas, en la consciencia que en el estado actual de la investigación no podemos, desde un punto de vista estrictamente documental, remontar más que la mitad del siglo XIV. Con esto no se quiere eludir la cuestión, si no desligarse de aquella obsesión de la autenticidad que –repito – parece estar a la base de las dos posiciones. Por lo tanto se ve que, en la óptica que acabo de describir, una sutil pero fuerte línea de continuidad existe, fundada en la relación entre los hombres y las facciones de Dios hecho hombre, a través una búsqueda que ha interesado los fieles desde la antigüedad, depuse que la Iglesia con dificultades resolvió todas la cuestiones relacionadas con la pregunta “quién” fuese Jesús Cristo. Sólo en ese momento, una vez reconocida la coexistencia de la naturaleza humana y divina en la persona del Hijo hecho carne, verdadero Dios y verdadero hombre, con su bien definida individualidad, se pudo hacer la pregunta sobre su aspecto, desde lo que sale el problema de su reproducibilidad, asunto que se revela complejo, no tanto y no sólo desde el punto de vista estético, si no sobre todo teológico. Pensad en la crisis iconoclasta del siglo VIII, definida justamente la ultima gran controversia cristológica.

Consideramos esta época **la búsqueda de una cara**, de la que es compañera de derecho la imagen imprimida de la Sábana Santa, tanto que de alguna manera esta búsqueda encontrará su éxito final con su aparición en el Trescientos. Su aparición no es ni simple ni dada por descontado. Veremos como esto represente una época muy delicada desde nuestro punto de vista, porque es en el momento más dramático de la historia de la Iglesia medioeval, y también lo es en que la piedad hacia los signos materiales corre seriamente el riesgo de derivas peligrosas, que aparece un objeto complejo e inquietante como la nuestra Sábana Santa, cuya supervivencia es posible gracias a su característica de imagen. Esta constatación histórica – válida en el pasado como ahora- nos hace volver a evidencia que el acercamiento a la Sábana Santa es con la impronta que el lienzo cubre. La cuestión si se trate también de una reliquia – o sea si es la “verdadera “ Sábana Santa del Evangelio, con todo lo que comporta – necesita de una profundización racional, y sigue la espontaneidad de la relación con la imagen. En este sentido se puede realmente decir que la Sábana Santa representa hoy también un paradigma de la relación ciencia y fe.

Esta primera época en Occidente la podemos definir, gracias a las reacción que estudiaremos a frente de la aparición del objeto insólito y de la manera con la que se resolvió la cuestión, el tiempo de la presencia de la Sábana Santa **tolerada**. Pero es también la época que lleva despacio a la normalización de la relación de los fieles con la Sábana Santa, a través la intervención de la Iglesia y la concesión del culto público de Papa Julio II en 1506, una vez encontrada una más institucional y definida colocación en el ámbito sabauda. Desde el memorial de Pierre d’Arcis y de las prescripciones de Clemente VII de Avignon, - del que hablaremos en un rato- a las medidas preventivas de Julio II parece existir un abismo, que no existe en realidad si se considera el recorrido a la luz de la historia de la Iglesia y a la evolución de la piedad. Esto es el momento en el que la presencia de la Sábana Santa es **acogida** y su culto **admitido** para ser luego, en la fecunda época de la Reforma católica, **promovidos**. La segunda mitad del Setecientos y luego el Ochocientos señalarán un alejamiento sospechoso desde la Sábana Santa por parte del

algunas élites – también eclesiásticas, donde se considerarán importantes algunas instancias racionalistas e ilustradas- de las que se quedan iguales el corazón y la piedad de los fieles.

Será la fotografía tomada por Secondo Pia, con el resultado de revelar la insospechada característica de un negativo fotográfico de la impronta de la Sábana Santa, que la devolverá al centro de la atención. Esta vez será un problema de carácter científico, que arriesgará en unos momentos de ofuscar el mensaje de la Sábana Santa. Es en esta época que empieza la “obsesión “ a la autenticidad. Si en la primera época de la historia conocida ha prevalecido en tema de la imagen, al que en las épocas siguientes se apoya el de la reliquia, en una relación que, con diferentes acontecimientos, se queda equilibrado, desde este momento el problema del aspecto “reliquia” o si se prefiere “autenticidad” con definición más laica, toma la delantera. Con el resultado de llegar a subordinar la posibilidad y la utilidad misma de una ostensión a la solución de ese aspecto. Las intervenciones de los Pontífices, a partir de Pablo IV, devolverán la cuestión en la correcta perspectiva: todavía hoy vivimos en una época que podemos definir **del debate científico**, donde la recuperación de una atenta pastoral sindónica ha permitido lograr un equilibrio que ha llevado a resultados extraordinarios de las últimas ostensiones.